

## LA CARRERA DE LAS ARMAS



Mor. ERNESTO HERNANDEZ (Pbro.)

Decía el Emperador de Alemania Guillermo II: **“No puede haber piedad para las faltas en el Ejército. Ni el error ni el descuido pueden perdonarse, porque el Ejército es la Patria organizada y sus deficiencias perjudican a todos”.**

El Ejército debe ser la patria organizada. Que todo se derrumbe a nuestro derredor; que la Constitución no opere eficazmente, porque es muy fácil burlar las leyes; que los ciudadanos se sientan fastidiados por el peso de los códigos y como manto duro los execren y los abandonen, porque tan sólo cuando les conviene se envuelven en ellos. Que las sociedades mercantiles y comerciales no marchen bien; que los campos queden asolados por la acción destructora de los movimientos sísmicos o por manos criminales; que todas las demás organizaciones del Estado marchen perezosamente y aún mal, nada se perderá mientras el Ejército de la patria esté organizado, vigilante, atento a todas las desgracias, cumplidor de sus propios deberes, conocedor de los ciudadanos y de sus necesidades, amante de la paz y de las instituciones, colaborador en el bien

social, dador de la justicia común. **Mientras las leyes internas del Ejército se cumplan, habrá Patria, habrá organización nacional, habrá Estado y habrá esperanza de reconstrucción y de mejoramiento.**

Un Ejército amante de la paz, sí. Porque hay que enseñar a los militares que su fin no es la guerra, sino la paz; que las armas se hicieron para defender la justicia y el derecho, para defender a los hombres y a los pueblos de las agresiones, de la ambición y de la iniquidad. Así es como se debe comprender la carrera militar y así tan sólo resulta meritoria en sumo grado y honrosísima como ninguna otra.

“Para sostener la paz y la justicia se requiere el Ejército; para mantener la soberanía de la patria y su bienestar es la preparación bélica de los militares. Tan sólo así el sacrificio de la vida se ennoblece y tan sólo así se corona el militar con la corona del honor, que no es otra cosa que la bendición del cielo sobre el sepulcro de los héroes y la voz de la posteridad que los hace objeto de su gratitud”.

“Así como es grande y hermosa la

carrera de los defensores de la paz, así mismo es execrable y depravada la tiranía de los que sistemáticamente atentan contra el derecho público o privado". (Marco Fidel Suárez).

**Milicia** quiere decir pena, sacrificio, cansancio, dolor, dificultad: en este sentido la define la Sagrada Escritura por boca de Job, cuando dijo: "Militia es vivere super terram": es una milicia el vivir.

Por qué es tan dura la ley militar y tan suave, en cambio, el yugo de la ciencia? Quién sabe contestar a esta pregunta?

Don Quijote, en su famoso "Discurso sobre las Armas y las Letras", dice:

Quítenseme delante los que dijeron que las letras hacen ventaja a las armas, que les diré que no saben lo que dicen: porque la razón que los tales suelen decir y a lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes el cual no es menester más que dé buenas fuerzas, o como si en

esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento, o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un Ejército, o la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales a saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas éstas cosas son acciones del entendimiento en las que no tiene parte alguna el cuerpo".

"Siendo pues así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora, cuál de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero, trabaja más. Esto se vendrá a conocer por el fin a que cada uno se encamina, porque aquella intención se ha de estimar en más, la que tiene por objeto más noble fin".

"El fin de las letras humanas es poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden; fin, por cierto generoso y alto, digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel que a las armas atiende las cuales tienen por objeto la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida, y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles cuando cantaron en los aires: "Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". Y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favorecidos, fué decirles que cuando entrasen en alguna casa dijese: "La paz sea en esta casa". Y en otras muchas veces les dijo: "Mi paz os doy,

**MAYOR  
ERNESTO HERNANDEZ (Pbro.)**

Oficial de culto, pertenece al clero castrense desde el 10 de octubre de 1949. Ha servido como Capellán en el Hospital Militar Central y en la Fragata "Almirante Padilla" que viajó a Corea en 1950. También en la Policía Nacional en 1952. Actualmente es Capellán de la Escuela de Caballería. Ha escrito y publicado las siguientes obras: Urabá Heroico (2 tomos) y Colombia en Corea. Tiene en preparación una "Deontología Militar". Es además, profesor agregado de la Escuela de Policía General Santander en las cátedras de Apologética, Ética y Deontología.

mi paz os dejo". Esta paz es el verdadero fin de la guerra. . . . en esto hace ventaja al fin de las letras".

Cervantes prueba hasta la evidencia que el hombre que se dedica a la profesión castrense ejercita igualmente el cuerpo y el espíritu; que el **Oficial y el soldado, no son máquinas de guerra, sino seres de razón al servicio de la paz. Que el militar necesita muchos actos de fortaleza, y ésta es una virtud moral que tan sólo se predica de los seres racionales.**

Los enemigos del Ejército, los ignorantes de la vida militar creen que quien se entrega a las armas es un autómeta, un ente físico al servicio de las cosas físicas, un cuerpo animal al servicio del entrenamiento; hablan por tanto, de suavidad en la vida militar y de dureza de la vida intelectual, y hacen el siguiente raciocinio:

"Es más suave la ley militar y más duro el yugo del espíritu, porque se soporta mejor el peso de una coraza que la carga de una duda; porque es más fácil seguir la marcha de un Ejército que la de un largo razonamiento; porque es más cómodo vencer que convencer; porque es más fácil dominar que dominarse; porque el servicio militar dura unos años y el de la razón, toda la vida; porque la ciega obediencia a los jefes es menos engañosa que la fidelidad a las leyes; porque el temor al peligro, es menos grande que el horror al misterio, y la afición a la aventura es más común que el amor a la verdad, y porque la república da sueldos a los guerreros y ni un ápice a los filósofos".

Cervantes que fue un valiente soldado en la Batalla de Lepanto dice que la principal virtud de los hombres de armas es la fortaleza o firmeza de ánimo o energía de carácter. Es una virtud cardinal o básica que enardece el apetito irascible y la voluntad para

buscar el bien árduo o difícil, aunque muchas veces esta búsqueda se pague con la vida.

La fortaleza tiene dos actos: atacar y resistir. Son cabalmente los actos que ha de realizar el soldado en el campo de batalla; por esto la fortaleza ha de brillar con sumo grado en los militares. Unas veces hay que atacar para la defensa del bien, reprimiendo o exterminando a los impugnadores, y otras hay que resistir con firmeza sus asaltos para no retroceder un paso en el camino emprendido.

De estos dos actos el principal y más difícil es resistir, porque quien ha tomado la iniciativa en el ataque, ha tomado todas las precauciones, y considera más débil al enemigo. La fortaleza se manifiesta principalmente en los casos repentinos e imprevistos. Es evidente que el que reacciona inmediatamente contra el mal, muestra ser más fuerte que el que lo hace después de madura reflexión.

**A la fortaleza se oponen tres vicios; uno por defecto: la cobardía y dos por exceso: la impasibilidad y la temeridad.** La cobardía es el temor desordenado ante los peligros que es menester afrontar para la práctica de las virtudes, o rehuir las molestias necesarias para conseguir el bien difícil. Si la cobardía nos aparta del cumplimiento de un deber grave, constituye un verdadero pecado en el civil, y en el militar, además, una deslealtad y traición porque expone a los débiles e inocentes a la opresión y a la violencia, crimen inexcusable en un militar.

La iglesia católica pidiendo a Dios continuamente la paz, le ruega también por la fuerza y valor de las tropas que combaten a los enemigos del reposo universal, y mira la cobardía de los soldados no sólo como una desgracia temporal, sino como un verda-

dero crimen de lesa humanidad. El apolo-  
gista Tertuliano en los primeros  
tiempos de la iglesia decía: "Pedimos  
un reino seguro y tranquilo, una salud  
robusta, militares incorruptibles, ejér-  
citos llenos de valor, senadores fieles  
y una paz tan extensa como el uni-  
verso".

El principio esencial del honor mi-  
litar es el valor o fortaleza. Pero ésta  
pide muchas otras virtudes raras y su-  
blimes: la magnanimidad o grandeza

de alma, la magnificencia, la pacien-  
cia y longanimidad, la perseverancia  
y la constancia.

De nada sirven las armas si en las  
almas de los militares no anidan es-  
tas virtudes. La carrera de las armas  
es noble y honrosa cuando se busca  
defender la justicia y mantener la paz.

**Mientras el Ejército de Colombia  
cumpla conscientemente sus propios  
deberes, habrá esperanza de resurrec-  
ción. De otra manera la patria estará  
siempre en peligro.**

---

La educación del que comanda gentes de armas es excepcional,  
como lo es, en menor grado, la del soldado. Nada de lo que ocurre en  
las unidades militares deja de tener sentido. Todo es preparación cons-  
tante para el minuto de riesgo y de muerte. En cambio la educación  
de los paisanos es para la paz, el disentimiento, la controversia, el tra-  
bajo sin riesgos, y no es necesaria una tan rígida disciplina. Obede-  
cer es fundamental, básico, insustituible en la unidad armada, porque  
cuando se está ante la muerte, o en la batalla, discutir es perder la  
empresa. Es muy peligroso que se desobedezca una orden, que, por  
insensata que parezca, ejecutada por cien o mil hombres con rigurosa  
disciplina puede conducir a la victoria o minimizar el desastre. La  
acción guerrera necesita rapidez, unidad, decisión inmediata, y todo  
eso no da tiempo para juzgar todos los aspectos de la cuestión. La  
preparación militar requiere, pues, que el que dé las órdenes haya  
aprendido a darlas sin vacilar, y tenga hasta donde es posible, todo  
previsto, y que el que las recibe las ejecute sin dudas ni controversias.

Doctor ALBERTO LLERAS CAMARGO.